

ado el hipócrita antifaz con que la había desfigurado la monstruosa y abominable inquisición; la libertad, por último, del pensamiento y su inofensiva manifestación, pudo ejercerse sin restricciones por ministerio del arte divino de Göttemberg. ¡Qué contraste presentaban los amargos recuerdos de la oprobiosa esclavitud, con las fruiciones y delicias inefables que prodigaba la libertad restaurada! ¡Cómo se lisonjaba el alma con las esperanzas risueñas de un porvenir de grandeza, de prosperidad y ventura! ¡con qué indecible emoción pronunciaban todos los mexicanos el nombre de Santa-Anna!

Mas ¡ay! los pálidos rayos del sol súbitamente velado con negros y pavorosos nubarrones, reflejaron tristemente la parda é indecisa luz del día aciago, en que México por la primera vez, vió horripilada aparecer sobre su horizonte, la extraña y fatídica figura del genio maléfico precursor de la discordia; este espíritu maligno, sembrando la división en el virgen corazón de los inespertos mexicanos, sugirió á una facción el horrible pensamiento de levantar un patíbulo en Padilla, para que expiara la vida el libertador Iturbide. Todavía de este mal incipiente podría deducirse una lección severa para el desmesurado aspirantismo; que demuestra inconcusamente la verdad inexorable, de que en la república no podía ya existir otro reinado, ni otra magestad mas que la de la razón, y que los mexicanos, no volveríamos á doblar con bajeza la rodilla, sino ante los altares de la luminosa inteligencia. Pero despues otra facción enciende la guerra civil solamente por disputar la codiciada presidencia: y estotra decreta la impolítica ley de ostracismo, para todos los españoles residentes en la Nueva-España. ¡Epoca funesta, origen fecundo de todas las desgracias que ha sufrido nuestra patria, de todos los desaciertos y errores en que ha incurrido y de todos los crímenes que tambien ha perpetrado!

Las noticias exageradas y equívocas acerca del malestar y situación deplorable en que yacia la república, á causa de las revoluciones fratricidas que habian agitado al país hasta el año de 1829: las aseveraciones de muchos de los españoles emigrados residentes en la antigua metrópoli, de que en México existia un poderoso y crecido partido de hombres que deseaban la reconquista, como la salvación y único remedio de nuestros males, confirmadas con varias comunicaciones que dirigian á España algunos señores de la antigua, ignorante y ridícula nobleza hispano-mexicana, que prometian al rey Fernando VII patrocinar y sostener la invasión con todos los recursos, que su riqueza y encumbrada posición colocara en sus manos; y el deseo, por último, que impacientara á aquella nación de recobrar las ricas y dilatadas posesiones, cuya pérdida habia menguado su poder, esplendor y grandeza, determinaron al monarca español á emprender la reconquista, que consideraba segura; porque ademas de los eficaces elementos de que podía disponer, se aprovecharia de la destructora división que desgarraba el corazón de la república; obstáculo esencial para que los mexicanos pudiesen reunir sus esfuerzos y resistir á las agresiones de un enemigo extranjero. Las circunstancias, ciertamente, no podian ser mas propicias á los proyectos halagüenos de la España; ¿mas por ventura, nuestras desgracias y nuestras disensiones políticas, habian agotado el ferviente patriotismo del pueblo mexicano?

Un día de fatal recordación, el 5 de Julio de 1829, el repique estrepitoso de las sonoras campanas que agitaban los aires habaneros: los concertos armoniosos de las músicas marciales y los gritos descompasados de la muchedumbre entusiasta, que lanzaba alegres vítores en medio de un regosijo tumultuoso, anun-

ciaban que se oclabraba en aquella isla alguna festividad popular: era que en aquellos momentos íbase á dar á la vela una pequeña flota, que debia conducir á bordo una division del grueso de tres mil quinientos hombres, al mando del general brigadier D. Isidro Barradas: la dirección de aquella escuadra era hácia el golfo mexicano: su lisonjero y esclusivo objeto la reconquista del país.

A fines del propio mes desembarcó el enemigo en Cabo-Rojo, y sin mas contratiempo que un encuentro poco costoso con algunos piquetes de tropas mexicanas en el Paso de los Corchos, pudo transitar sin resistencia aquella costa deshabitada, hasta posesionarse en breves dias de la Barra de Tampico de las Tamaulipas.

La fatal nueva del desembarco de la escuadra española, se difundió en la república como si hubiese sido comunicada por telégrafo, toda la nación indignada se conmovió, y se preparaba entusiasta para la justa defensa. En estos momentos supremos se acallaron los gritos destemplados de las exacerbadas facciones que se denominaban partidos, y un solo pensamiento incendiaba las cabezas de los mexicanos: combatir á los enemigos extraños: en vano los abominables periódicos que habian contribuido á preparar la invasión, desconcertando y dividiendo las opiniones políticas, aconsejaban al pueblo que debia primero destruir al gobierno nacional, y despues pasar á batir al enemigo extranjero. El ilustre é infortunado general Guerrero, se agitaba en la silla presidencial, impaciente y desatinado por marchar á defender la causa de la independencia, que le era tan cara: los estados de Veracruz, México, S. Luis Potosí, Zacatecas, Nuevo-Leon y Tamaulipas, se preparaban para la defensa unos, y para atacar al enemigo otros. El antiguo y patriota insurgente, el valiente y perito general D. Manuel de Mier y Teran, se fortificaba en las cercanías de Tampico de las Tamaulipas, en Altamira, en la hacienda del Cojo y otros puntos que él consideraba capaces de defensa. Nadie duda que este impertérrito general hubiera triunfado por si solo, y lanzado para siempre del territorio mexicano al invasor Barradas, como lo habia rechazado catorce años antes en Tepeji de las Sedas.

Mas el general Santa-Anna, gobernador y comandante general del estado de Veracruz, luego que sabe que un enemigo extranjero imprime atrevidamente su inmunda planta en el suelo mexicano, se siente arrebatado por la fuerza incontrastable de un patriotismo ardiente y apasionado; desprecia los intereses de su fortuna; desdeña las placenteras caricias de su amorosa familia; abandona el sabroso descanso que disfrutaba en su famosa hacienda de Manga de Clavo, y sin esperar órdenes del gobierno, vuela para la invicta Veracruz. En aquella capital, con la fogosa actividad que le es característica, improvisa una pequeña division: impone préstamos forzosos, y reúne hasta cerca de dos mil hombres: destina quinientos para el resguardo del castill de San Juan de Ulua, y con los restantes ocupa los buques mercantes y de guerra que habia en aquel puerto: marcha impávido con aligerada presteza al encuentro de los invasores, arrojando toda clase de peligros, desafiando con audacia á la fortuna amenazante, y eual otro César, haciendo desaparecer el temor de los pilotos con su sublime arrojo.

Desembarca felizmente en Tecolutla: llega á Tuzpan y prosigue sin demora su marcha por la costa: establece su cuartel general en Pueblo Viejo, y avanza ligeramente hasta la Barra de Tampico: á los pocos dias del desembarco de Barradas, se presenta el general Santa-Anna frente á frente del enemigo en la orilla izquierda del Pánuco; se une con el general Teran, que ocupaba las márgenes opuestas, y este pundonoroso y subordinado militar, tipo de moderación

y obediencia, sin atender á otro objeto mas que á la salvacion de su patria, le cede sin disputa el mando en jefe y acata respetuosamente sus órdenes.

El día 19 de Agosto ataca Santa-Anna á Tamaulipas, y en esta accion sangrienta se baten los denodados mexicanos, cuerpo á cuerpo, con los enemigos en las mismas calles de la ciudad; su bravura y arrojo estrechan al coronel Salmon, segundo de Barrádas, á pedir capitulacion; y en los criticos momentos en que de ella se trataba, se ven las tropas de este general que venian en socorro de Tampico: en lance tan comprometido, la astucia, la serenidad y presencia de ánimo, salvan honrosamente la situacion de los mexicanos.

El 9 de Setiembre emprende infatigable el general Santa-Anna, la toma por asalto del fortin de la Barra. Teran se coloca en la fortificacion de la punta llamada de Doña Cecilia, interceptando las comunicaciones del enemigo entre aquel punto y su cuartel general; arrójase Santa-Anna sobre el fortin como un leon sobre su presa: el combate es reñido y cruel: el fuego vivo é incesante hace desaparecer las espesas tinieblas de la noche y la sangre que se vierte, envuelve las aguas candalosas del rio Pánuco: el enemigo reconoce en nuestros soldados un adversario indomable; recuerda la rigurosa leccion que recibió de Teran en Tepeji de las Sedas: advierte que estan debilitadas sus fuerzas con la pérdida de una tercera parte de su ejército, y estas consideraciones terribles lo obligan á deponer los orgullosos pendones, que triunfaron en Bailen é hicieron vacilar en Zaragoza la fuerza y la fortuna del genio guerrero del asombroso capitán del siglo. El día 11 de Setiembre los triunfantes generales Santa-Anna y Teran, conceden al enemigo una capitulacion generosa, digna de la humanidad con que los mexicanos tratan siempre á sus contrarios cuando los tienen humillados.

Lo habéis visto, conciudadanos, un mes solamente le fué bastante al general Santa-Anna, para determinar la defensa de su patria; para crear y organizar las fuerzas y medios conducentes para perseguir al enemigo desde una larga distancia, presentarse á su vista, batirlo y vencer.

¿Deberia dudar todavía la obstinacion castellana de que el triunfo de las armas mexicanas en las riberas del Pánuco, frustró sus esperanzas para siempre, y pulverizó los fragmentos que quedaban de las acerinas cadenas, que ligaron por tres centurias al nuevo con el viejo mundo? ¿Podria permanecer la antigua metrópoli en expectativa y atalaya de la conducta de la república, cuando está decidido que los pueblos que tienen la ventura de contar entre las filas de sus defensores, buenos caudillos y soldados tan patriotas, valientes y mortíferos como los que confirmaron la independencia en Tampico, no pueden menos de ser libres é independientes, cualquiera que sea la potencia que pretenda sojuzgarlos?

No tardó mucho tiempo en deferir á esta verdad. Con el advenimiento al trono castellano de la jóven reina Isabel II, cambió enteramente la política del gabinete de Madrid; y en el año de 1836, su augusta madre la regente, reconoció á México, como nacion libre, soberana é independiente; entonces se estrecharon las dos naciones, con el abrazo amistoso y fraternal que ofreció generosamente México á su dominadora desde el grito glorioso de Dolores; y hoy celebran el faustoso acontecimiento de Tampico, puede sin odio y sin rencor producir los sublimes conceptos con que brindó el héroe de Cuautla, despues de la toma de Acapulco: "viva España, pero España hermana y amiga y no dominadora de México."

Hé aqui, conciudadanos, como la célebre batalla de Tampico, fué un hecho de alta importancia por sus consecuencias políticas para la causa de la independencia: hecho glorioso, porque si por algun motivo adquieren gloria las naciones, es sin duda por el que consiguen conservar incólumes los derechos imprescriptibles, que otorgara á todos los hombres la misma naturaleza.

Luego nada tiene de ruin esta solemnidad por lo que respecta á los hechos que por ella se recuerdan: ¿lo tendrá con relacion á las personas que en aquellos figuraron? quién será el ingrato y desnaturalizado ciudadano, que no reconozca que los varones esforzados que derramaron su sangre y espusieron su vida con heroico patriotismo por conservar nuestro sér político, por nuestra felicidad y aun por nuestro orgullo, son acreedores á la gratitud nacional, á nuestra profunda admiracion y eterna remembranza? ninguno que merezca llevar el nombre de mexicano.

¿Será el general Santa-Anna ménos digno de honor y de alabanza, habrá desmerecido la estimacion y gratitud de su patria, porque la esquivada y caprichosa fortuna le reservó sus favores, en la mas inicua guerra que sostuvo contra las huestes norte-americanas? no, porque semejantes desgracias nunca pueden destruir el claro brillo de los triunfos adquiridos, así como no menguaron la grandeza y gloria de Napoleon, las dispersiones que sufrieron sus ejércitos en las plazas de Austerlitz y despues en Waterloo.

Si, maguánimo general Santa-Anna, México reconocida al ardiente patriotismo con que proclamaste la república en Veracruz; con que afianzaste su independencia en Tampico; la defendiste otra vez en aquel puerto, en las barrancas de la Angostura y en el hermoso valle de la antigua Tenostitlan, se ha empeñado en premiar tan señalados servicios, con todas las demostraciones y honores que inspira el reconocimiento. Hoy la nacion te ha constituido el único representante de su soberanía, y ha acumulado en tus manos una suma de poder que no reconoce limites, para que la encamines á la felicidad, conforme á las inspiraciones de tu patriotismo; ojalá y al devolver al pueblo sus omnímodos poderes, te sea dado acompañar un mensaje semejante á aquel que immortalizó á Ciceron cuando dió cuenta de su conducta ante César y todo el pueblo romano exclamando: juro que he salvado á la república.

Y tú, preclaro y malhadado general Teran, ¡héroe sublime digno de mejor suerte! sabio y modesto como Bacon, valiente como Alcibiades y patriota como Jicotencatl; en vano rebusca mi vista ansiosa por todo el ancho suelo de mi patria, un solo monumento, una lápida siquiera con una breve inscripcion consagrada á tu gratísima memoria, en donde el amor que inspiras al pueblo con tus excelsas virtudes se complazea de ver esculpido tu grande y hermoso nombre; pero en tu lejano y humilde sepulcro de Padilla, en donde depositaron tus cenizas venerandas, al lado de las del libertador de México, se eleva una aureola de luz nitida y fulgente; esta es la de la antorcha eterna de la gloria, á favor de cuya perpetua claridad, se ve irradiar y lo verán tambien los siglos venideros, los nombres amados de dos héroes. Iturbide y Teran.

Coronel Acosta, capitán Tamaris, mayor Andrey, vuestros nombres inmortales no quedaron sepultados con vuestros restos sagrados, en la húmeda y sangrienta fosa que os cavaron las bayonetas españolas, en la barra de Tampico! la patria cordialmente agradecida á vuestro eruento sacrificio, llora apesadumbrada sobre vuestra gloriosa sepultura, como lloró Alejandro sobre el cadáver de Dario, y como César ungió con su llanto los restos mortales de Pompeyo: vues-

tra preciosa memoria vive y vivirá en las futuras generaciones, porque vuestros nombres esclarecidos están grabados con caracteres brillantes e indelebles en el eterno monumento de la historia.

Honrados y valientes coroneles, Landero, Heredia, Mejía, Durán y Lemus; beneméritos y heroicos soldados de los batallones núm. 9, núm. 5, Tresvillas, núm. 3 y 2: nacionales de las costas de Tuxpan, Tamiagua, Huejutla, Pánuco y Tamaulipas, trémulos mis labios y palpitando mi pecho de la más tierna y santa emoción, yo os saludo y bendigo a nombre de la patria en este solemne día, que ha consagrado a vuestra digna memoria; porque en las playas ardientes de Tampico, supisteis conquistar con vuestro valor, con vuestra abnegación y con vuestro patriotismo, los verdes e inmarcescibles laureles, con que ciñe placidamente la victoria las frentes magestuosas de los héroes.

Soldados del ejército nacional; si en los eternos y ocultos designios del Dios de las naciones, estuviere previsto que nuestra patria infortunada, debe transitar otra vez por una época de prueba, semejante a la que recorrió el año funesto de 1847; si las huestes norte-americanas ó las de cualquiera otra potencia extranjera, volviesen á profanar con sus sacrilegas plantas el suelo sagrado de México adorada; borrad de vuestra memoria, si, borrad para siempre, el escandaloso criminal ejemplo, que os presentaron en aquellas luchas desgraciadas, la total yesmoralización y mezquino aspirantismo de algunos insubordinados é indignos generales, que osaron desconcertar las combinaciones de su general en jefe, segregándose de su obediencia á presencia de los invasores: cuya conducta execrable produjo necesariamente el vergonzoso resultado, de que el triunfante pañolón de la república del Norte, se viese ondear con insultante orgullo sobre los régios alcázares de los Moctezumas. Olvidad, os repito, hechos tan inmorales, que arrojaron una mancha inmerecida, sobre el clarísimo brillo de vuestro honor y de vuestras armas: y si aspiráis á la gloria, imitad las nobles virtudes que os han legado los héroes de Tampico; igualad su valor, ardimiento y patriotismo, aprovechaos de las lecciones de subordinación, desprendimiento y pundonor, que resplandecieron en el modesto general Terán; y pelead en el campo de batalla, con la intrepidez y denuedo con que lo hicieron los valientes soldados en el Pánuco; entónces moriréis para vuestra patria, pero viviréis para la verdadera gloria; porque entónces habréis contribuido con vuestros dignos esfuerzos á proporcionar á nuestra triste república, esos días de serenidad y bienestar, en que México rehabilitada de las injustas humillaciones que la hicieron sufrir las bayonetas americanas, pueda consagrarse en este plausible día, sin los crueles recuerdos de un pasado luctuoso, á celebrar con el júbilo y entusiasmo que inspira el esplendente triunfo que obtuvieron en Tampico las tropas mexicanas.—HE CONCLUIDO.



n° 19.

